

**UNA EMPRESA HISTORIOGRÁFICA CON AUTOR:
MANUEL TUÑÓN DE LARA
Y LA REVISTA *HISTORIA CONTEMPORÁNEA***

Ricardo Miralles
Universidad del País Vasco
Secretario de la revista *Historia Contemporánea*

La historia es una pieza integrante e indispensable del saber humano. Sin conocer el pasado con la mayor precisión y riqueza posibles, mal puede comprenderse el presente y son nulas nuestras armas prospectivas.

Manuel Tuñón de Lara. *Historia Contemporánea*. 1 (1988).

Cuando en 1988 el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco decidió publicar una revista de historiografía no dudó ni por un momento en la persona indicada para dirigirla, Manuel Tuñón de Lara, que formaba parte activa de dicho Departamento desde 1983. Su desaparición en enero de este año nos ha entristecido y conmovido como amigos y compañeros. Como aspirantes a continuar su obra, nos ha dejado, además, huérfanos de su dirección, que de manera fructífera dio como resultado un total de quince números de *Historia Contemporánea*, hasta el último publicado en el segundo semestre de 1996, poco antes de su fallecimiento.

Este breve trabajo no aspira a realizar un análisis y/o valoración de la publicación que el profesor Tuñón de Lara dirigió durante ocho años, porque otros lo harán llegado el caso con mayor distanciamiento, y

porque no soy yo la persona más indicada para realizarlo, dado que trabajé con él directamente como Secretario de la revista y no me corresponde a mí, por tanto, hacer elogios de la misma. La idea que preside estas líneas es la de traer a primer plano de la reflexión lo que de Tuñón de Lara hubo en esta empresa historiográfica, o dicho de otro modo, subrayar el sentido de proyecto de Tuñón que hubo en la revista, tratando de destacar algunas de las líneas fundamentales que presidieron una producción que queda entre nosotros como su último legado a la historiografía española contemporánea.

La colección de los quince números de *Historia Contemporánea* dirigidos por Tuñón de Lara abarca un conjunto de cuatro grandes apartados que incluyen Teoría, método e historiografía, Historia Social, Historia de las ideologías y de las mentalidades e Historia Política. Cualquiera conocedor de su obra podrá estar de acuerdo en que las principales preocupaciones historiográficas de Tuñón están presentes en estos cuatro apartados. Tan sólo quedó sin abordar un quinto y último objeto historiográfico que él cultivó con especial aprecio, la Historia de la cultura, sobre la que tenía pensado reflexionar con motivo del centenario del 98.

Manuel Tuñón de Lara quiso hacer de *Historia Contemporánea* una revista abierta al «pluralismo metodológico» y al «libre debate científico». Lo proclamó desde su primer número, reclamando la independencia de la publicación con respecto a cualquier corriente organizada de opinión y defendiendo la «tolerancia en el terreno de la investigación científica». «Nos guía el talante de universalidad y de respeto al primado de la razón que va implícito en la esencia misma de la Universidad» (*Historia Contemporánea* —en adelante, *HC*—, 1) afirmaba entonces, en 1988, al prologar el primer número de la revista. Viniendo de un hombre (y de un historiador), que había vivido directamente la negación absoluta de la razón en sus años jóvenes, cuando la Guerra Civil presidió la existencia de los españoles, la apelación a la misma no era una formalidad. A ella precisamente se refirió más tarde, invocando a Manuel Azaña, el estadista «que soñaba la modernización del Estado y de la vida política mediante el ejercicio de la razón» (*HC*, 7), o al criticar «la minusvaloración (actual) de la razón» sustituida muchas veces por «lo imaginario» (*HC*, 9). La razón, hecha orden, o mejor ordenación, es decir Derecho, debía ser —según pensaba Tuñón—, el «instrumento ordenador de una sociedad». Su amigo Francisco Tomás y Valiente, cobardemente asesinado por ETA —perversión absoluta del principio ordenador de la razón—, poco tiempo antes, manifestó esa misma querencia en el número 12 de la revista, «Historia y Derecho», que Tuñón le pidió prologar.

Si uno repasa la larga lista de artículos publicados en estos ocho años en *Historia Contemporánea*, verá las firmas de historiadores, economistas, sociólogos, demógrafos, politistas, juristas, etc. Esta suma no debiera de sorprender ya que Manuel Tuñón de Lara defendió siempre, con especial ahínco, la interdisciplinariedad: «(...) hacemos nuestras la interdisciplinariedad y la cooperación con todas las ramas afines del saber, postulando una constante operación simbiótica: (...) con la economía, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filología, la estadística, la arqueología...», proclamaba en el primer número de *Historia Contemporánea*. Los trabajos que aparecían en la revista, insistía en su número 2, «no se referirán solamente a la historia política, económica y social (pues) (...) entra en nuestra concepción de la revista la dedicación de una parte de ellos a otros sectores historiográficos (ideologías e historia del pensamiento, mentalidades, vida cotidiana, antropología, etc.)» (HC, 2).

Toda la obra historiográfica de Tuñón está organizada en torno a la idea de interdisciplinariedad. No es extraño, pues, que su última contribución al mundo de la historia también la estuviera. Pero la interdisciplinariedad no la concibió Tuñón como una suma de partes inconexas, sino, al contrario, como eslabón necesario hacia una historia de la totalidad del pasado humano: «Concebimos la historia dentro de (...) sus especialidades básicas (política, social en sus distintas variedades, económica, ideológica, institucional, literaria, artística, de mentalidades, de los medios de comunicación), pero no como sectores que se centrifugan y dispersan, sino que son capaces de articularse e integrarse en una concepción global del pasado que se corresponde con la realidad de las sociedades humanas» (HC, 1). De hecho —sostenía Tuñón—, «la historia debiera realizar una vasta operación de síntesis de todas las ciencias», cuya meta última fuera «la historia a secas, que preferimos llamar global, sin duda de difícil realización, pero a la que no renunciamos como meta» (HC, 1).

Julio Aróstegui ya había propuesto esta idea en torno a la obra historiográfica del maestro desaparecido: «La interdisciplinariedad en la construcción historiográfica la ha relacionado Tuñón de forma determinante con la posibilidad misma de lograr una historia global o total»¹. Su preocupación por el estatuto de la Historia y su querencia por esa

¹ Julio ARÓSTEGUI: «Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica», en J.L. DE LA GRANJA y A. REIG TAPIA: *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Servicio Editorial de la UPV, Bilbao, 1993, pp. 143-196 (p. 168).

Historia *total* (que en toda la colección de *Historia Contemporánea* prefirió calificar de *global*), le llevaron a reclamar la reflexión, en más de una ocasión, sobre algunos objetos historiográficos de especial relevancia a lo largo de su vida profesional: los problemas de teoría y método de la Historia. Siendo Tuñón de Lara uno de los pocos historiadores españoles que ha reflexionado específicamente sobre cuestiones de raíz epistemológica de nuestra disciplina, resulta comprensible que así lo hiciera.

El número 7 (1992) de la revista, «Historiografía contemporánea reciente», es el mejor ejemplo de esa preocupación específica. Teoría, conceptos y método aparecen también de manera destacada en varios trabajos a propósito de los cambios sociales y las transiciones asociadas a la(s) modernización(es), en el número 4, «Cambios Sociales y modernización». Presiden igualmente los diferentes trabajos en torno a la historia política del número 9, sobre «La nueva historia política».

La Historia Social es el segundo gran apartado que aparece en la revista. Tuñón de Lara siempre tuvo una concepción amplia de lo social, que implicaba el estudio de la sociedad, es decir, de las estructuras sociales y sus cambios, pero también de la política (y del poder en particular), de las mentalidades y las ideologías, etc. Con todo, como ha escrito Aróstegui², Tuñón de Lara «nunca identificó la Historia Social con la Historia Total», sino con aquella parte específica de la historiografía que se ocupa de «las clases o grupos sociales», o, dicho de otro modo, de los «grupos o clases sociales de una determinada formación social histórica» (HC, 4).

Tuñón afirmaba que el concepto «social» era «impreciso» y podía hacernos caer «en varias emboscadas intelectuales»: «si lo social se refiere a *sociedad* sus connotaciones van mucho más lejos; en el siglo XIX los partidarios de lo *social*, ya fuesen anarquistas o socialistas, querían significar con ello *la revolución social*, que suponía la transferencia del poder de una o más clases sociales a otras. Así se dijo en la Comuna de París, en la Primera Internacional, etc.». Además, históricamente «*lo social* cubrió muchas mercancías a la manera de púdico velo para tapar la conflictividad entre clases o grupos sociales. Los gobernantes y estadistas hablaron de la *cuestión social* para referirse al conflicto entre patronos y obreros, y los medios de comunicación les imitaron: así hubo la Comisión de Reformas Sociales y más tarde el Instituto de Reformas Sociales. La derecha hablaba de *la de-*

² *Ibídem*, p. 173.

fensa social ya en el Sexenio para denunciar el peligro de la Internacional obrera, y medio siglo después el Marqués de Comillas creaba en Barcelona y Madrid los Centros de Defensa Social y Defensa Ciudadana, organizaciones privadas parapoliciales, armadas, para luchar contra los sindicatos obreros» (HC, 4).

Lo social, para Tuñón, iba asociado al cambio («diferencia entre un pasado y un presente, fundamental en nuestro oficio, como bien señaló Marc Bloch»), y, por lo tanto, a la transformación de las estructuras sociales en el tiempo histórico (HC, 4). «El cambio social —proponía Tuñón— (...) anuncia una transformación en el correlato de grupos o clases sociales de una determinada formación social histórica». Por eso aceptaba relacionarlo con la modernización, pues a su juicio «está fuera de duda que *el proceso de modernización es también un cambio; o mejor, un factor de cambio* situado en el meollo del proceso histórico». Ese fue el origen del mencionado número 4 de *Historia Contemporánea*, «Cambios sociales y modernización», en el que advertía que «el proceso de modernización es contradictorio y no es lineal: (y que) las relaciones sociales tradicionales son un freno a la modernización. (...) (O dicho de otro modo, que) la modernización está en función directa de la correlación de fuerzas entre los factores del cambio y los factores de la tradición». Según decía Tuñón, «*modernización y tradición* no son compartimentos estancos: cada período histórico contempla cómo de esa lucha surgen instituciones, asociaciones, prácticas culturales, etc. Y se han cristalizado —a veces por años, a veces por siglos— en una integración conflictiva —agónica o dialéctica— que está como suspendida en el aire de los siglos» (HC, 4).

Los conceptos, y éste de la *modernización* en particular, deben ser contrastados con la realidad, decía Tuñón: «hace falta aún para los historiadores un intento de adecuar esos conceptos a procesos históricos, con nombre, suelo y fecha que no sean simples *llaves maestras* con las que se pueden abrir todas las puertas» (HC, 4). Porque de lo contrario nos podemos encontrar con un concepto que puede aplicarse, indistintamente, a Manuel Azaña, que pensó en la «modernización del Estado» (HC, 6), o que es igualmente aplicable a aquella tarea central no suficientemente asumida por la «élite gobernante en el vasto proceso en zigzag de la modernización en España» (HC, 8); o que incluso puede permitirnos decir, sin más, que «la modernidad se desvaneció» en la España de la República «cuando la coyuntura cambió» (HC, 6).

Si lo social no es lo total, mucho menos es sólo el movimiento obrero, pero la realidad de la historia del movimiento obrero no podía estar ausente de la obra del más importante de los historiadores socia-

les del movimiento obrero en España. El número 3 de la revista, «Movimiento obrero entre dos siglos, 1890-1910» lo pone de manifiesto, mediante el análisis del «protagonismo histórico» de la clase obrera: «el 1.º de mayo de 1890, seguido del II Congreso del PSOE celebrado en Bilbao ese año, constituyen —así lo pensaba Tuñón— una coyuntura decisiva a la vez que el inicio de un largo proceso histórico en el que el protagonismo de la clase obrera vasca destacó con fuerza» (HC, 3). Pero la historia de la clase obrera y de sus instrumentos (el sindicalismo) no debía reducirse «a un epifenómeno de la historia social», advertía Tuñón en otro número (HC, 10), sino que había de contemplarse «como una parte decisiva del sistema de relaciones sociales»: «de ahí (la necesidad de) la búsqueda de definiciones sobre el papel y función de los sindicatos no sólo como meros actores del juego social sino como parte de las relaciones entre el sistema social y el sistema económico y el político.»

El tercer gran bloque de trabajos de la revista que dirigió Tuñón está compuesto por trabajos sobre ideologías y mentalidades. «Historia Social y Mentalidades (...) no son la misma cosa —dejó escrito en el número 5 Tuñón—, si bien sus caminos se entrecruzan con frecuencia y entre ellos suelen encontrarse espacios comunes»³. El título que dio Tuñón al número 5 de la revista, «Historia social y mentalidades» es buena prueba de esa comunicación entre ambos territorios de la historia: las mentalidades religiosas, la cultura del trabajo, el espacio de la sociabilidad en el mundo obrero, etc. Le inquietaba, no obstante, el retorno a la subjetividad, que veía colarse a veces por el terreno evasivo de las mentalidades, como una «minusvaloración de lo racional en aras de lo imaginario», y de lo que era aún peor, de «la rotura del tiempo histórico y (de) la abolición de la idea del cambio histórico» (HC, 9).

Pero, sin duda, el mayor espacio otorgado a la historia política en el conjunto de los quince números publicados, dan fe del interés de Tuñón por este apartado historiográfico. Sin que eso quiera decir que lo político fuera para Tuñón de Lara un territorio disperso, separado de lo global y/o de lo social. Al contrario, para Tuñón lo social implicaba —como ya hemos dicho— lo político, y en particular el estudio del poder, y creía que «una historia política renovada sería una historia del Poder, o

³ «El método *globalista* de Tuñón (...) da una buena prueba de sí mismo cuando relaciona un nuevo y complejo elemento de análisis histórico, la *ideología* y la *mentalidad* (...) con las realidades de estructura. (...) (porque Tuñón las trata también) como realidades insertas o estrechamente relacionadas con lo social», sostiene ARÓSTEGUI: *Ibidem*, p. 182.

mejor dicho, de los poderes»: «el día que hagamos la historia del poder no con alambicamientos ni creando huertecitos de especialidades, para mayor gozo y provecho de algunos especialistas, ese día —afirmaba Tuñón— estaremos empezando a construir la verdadera historia: la historia que comprende todas las historias, vertebradas en el tiempo histórico» (HC, 9). Si se atiende a lo dicho por Manuel Pérez Ledesma⁴, en Tuñón la cuestión del poder aparece incurso en una relación histórica básica, la que existe en torno a las decisiones, los centros de decisión y los órganos de ejecución, o lo que éste llamó los «aparatos del poder» (Tuñón siempre afirmó que tener «poder» significa disponer de los centros institucionalizados de decisión, y de todo aquello que él llamaba aparatos de Estado, incluidos los ideológicos).

A «La nueva historia política» dedicó el número 9: pero a la historia política, en su acepción extensa, dedicó buena parte de la revista, desde el primer número, que, tratándose de Tuñón, no podía abordar un tema más relacionado con sus preocupaciones historiográficas, y aun vivenciales, como apuntó en su día Santos Juliá⁵, la II República, hasta el último de todos, «Nombres propios para una diplomacia», en el que se abordaban las líneas generales de la política exterior española en el siglo XX a partir de la obra de sus principales protagonistas.

La II República, y Azaña, ese gran político que la simbolizó como nadie, fueron precisamente el tema del primero de todos los artículos de la colección de *Historia Contemporánea*, escrito por Tuñón en 1988: «El proyecto político de Manuel Azaña en la coyuntura de la República». Y volvió a ambos, a la República y al régimen de Azaña, con motivo del sesenta aniversario la Constitución de 1931, en el número 6 de la revista, «1931: una Constitución y un sistema político». Quería dejar constancia historiográfica de aquel «momento difícil», cuando «las democracias parlamentarias nacidas en la primera posguerra mundial se debilitaban, y en otros países el autoritarismo conservador dominaba la situación». El excelente trabajo de Javier Corcuera lo dejaba bien claro, como afirmaba Tuñón: «Por su apertura al pluralismo y al debate, el sistema parlamentario ofrecía flancos inermes frente a la crítica virulenta e incluso la agresión encaminada a romper la legitimidad de sus adversarios de derecha y de extrema izquierda. Aquí y allá se

⁴ M. PÉREZ LEDESMA: *Sistema*, 4 (enero, 1974), pp. 147-152 (p. 147). Recensión del libro de M. TUÑÓN DE LARA: *Metodología de la Historia Social de España*.

⁵ Vid. Santos JULIÁ: «Manuel Tuñón de Lara, testigo e historiador de la II República española», en J.L. DE LA GRANJA y A. REIG TAPIA: *op. cit.*, pp. 265-272.

veían gobiernos con *plenos poderes otorgados por el legislativo* y a veces sin esperar a este otorgamiento; se convirtió en lugar común hablar de la ineficacia del parlamentarismo, e incluso de su *falta de modernidad* [he aquí de nuevo la *modernidad*, concepto bajo el que se pueden introducir muchas mercancías] ante las nuevas exigencias de la técnica».

En este marco europeo y mundial llegó en abril de 1931 la Segunda República española, «en medio de la ingenua alegría de la inmensa mayoría de la población», nos dice Tuñón, pero sin que esta alegría fuera «bobalicona», «sino el deseo de vivir de un pueblo que había sufrido mucho a merced de unas minorías (directoras u oligárquicas)». «Fue entonces cuando la sociedad española y sus componentes populares en primer lugar, se entregaron a «la gran ilusión», la de que España llegaría a ser un Estado de derecho, defensor de las libertades humanas y sensible a los valores de la democracia y la justicia social. Y con un optimismo quizás insólito para los tiempos que corrían, se dio una Constitución que encarnaba aquellos principios. Todo ello teniendo como piloto de la nave gubernamental a un hombre de categoría excepcional, Manuel Azaña» (HC, 6).

Esta idea del derecho, como «regulador de relaciones sociales y comportamientos colectivos» (Tuñón), y, sobre todo, entendido históricamente (es decir, el derecho inserto «en una sociedad histórica concreta», HC, 12), es el que debió haber contribuido a «cambiar las bases del Estado y de la sociedad» en la etapa republicana, y es la idea que preside el análisis de sus implicaciones sociales, en el número 12 de *Historia Contemporánea*, el mencionado «Historia y Derecho».

A la República volvió Tuñón en el número 11 de la revista, en un número que coordinó el profesor Aróstegui, sobre «La militarización de la política durante la II República», evocando el momento, entre 1930 y 1936, en que «las organizaciones paramilitares se despojaron de su vestidura de crisálida para presentar su rostro inquietante de embriones de fuerzas militares, prestas a entrar en la verdadera acción bélica». Según el profesor Tuñón de Lara, no se trató de «un fenómeno español, sino europeo, que no puede comprenderse sin el estudio de los partidos políticos de la época». Entonces «se adoptó el principio deformante de que la violencia y los métodos violentos eran instrumentalmente homologables a la acción política. (...) (siendo) la base del fenómeno (...) la confusión que cada vez se hizo mayor, hasta obnubilar los conceptos, de *adversario* y *enemigo*, hasta confundirlos». Manuel Tuñón se lamentaba de que entonces «se llegó a un momento en que sobre la tierra de Europa desaparecieron los ciudadanos y sólo hubo *amigos* o

enemigos, con exclusión de todo término medio. Triunfaba así la doctrina de Carl Schmit. El compromiso, el respeto de la opinión ajena, se eclipsaron desde el instante en que el *enemigo* sustituyó al *adversario*. Una vez más, los hechos sociales condicionaron las ideologías. Y los campos de Europa se empaparon pronto de sangre, los de España los primeros». Había que estudiar el fenómeno, que a Tuñón le dolía especialmente —puedo dar fe—, de aquel «belicismo», para que no se nos ocurriera «nunca pensar que tal vez Costa tenía razón en aquello de «arrojar un millón de españoles a los lobos»» (HC, 11).

La Guerra Civil vino después, y aunque Tuñón no le dedicó ningún número monográfico, la contienda fratricida tiene suficiente presencia en la revista desde su primer número hasta el último de todos, siendo quizá el número 10, «España y Francia, en la paz y en la guerra: 1914-1945», el que lo aborda de manera más específica.

Como no podía ser menos, tratándose de Manuel Tuñón de Lara, el estudio social y político de las élites debía tener un lugar privilegiado en su proyecto historiográfico, y lo tuvo en el número 8. «Las élites en la España contemporánea». Para Tuñón, «sus» élites no tenían nada de «egregias» (*sic*). Su concepto de «élite» no partía de un carácter «necesariamente estimativo», ni de «una evaluación de selecto [«la élite no es forzosamente selecta, ni tampoco forzosamente progresista: como ya hace mucho Marc Bloch nos enseñó, no se trata de valorar a los agentes históricos antes de conocerlos»], sino funcional»: según él «la característica definitoria (de la élite) es el Poder, que para serlo exige no sólo poseer la función decisoria sino también la capacidad de hacer que se cumplan las decisiones». Y, en tal caso, podía tratarse tanto «de poder político o económico o de ambos a la vez» siendo precisa la matización de «que no es lo mismo tener el poder que estar en el poder».

Tuñón observaba, no obstante, que había «otros métodos» de aproximarse a las élites, aquellos que tomaban como referente «la influencia socio-cultural y otros rasgos como el prestigio, la continuidad, e incluso la profesionalización» (HC, 8). De alguna manera, este extremo está presente en algunos trabajos del número 2. «En torno a la transición (siglo XIX)», y en el número 13-14. «A vueltas con el sujeto».

Faltó el quinto objeto historiográfico caro a Tuñón, la Historia de la Cultura, pero su fallecimiento se lo impidió. ¿Quién sabe si nos decidiremos a hacerlo quienes le sigamos?

Historia Contemporánea ha cumplido un ciclo. Con la muerte de Tuñón de Lara la historiografía contemporánea española concluye otro. A mi modo de ver, tiene razón Julio Aróstegui cuando afirma que «con

excepción del impacto producido en la historiografía española contemporánea por la obra de Jaime Vicens Vives, ningún otro es comparable, desde los años sesenta para acá al que ha representado la producción y el magisterio de Manuel Tuñón de Lara»⁶. El círculo que se cierra es el que podemos titular la etapa de los grandes maestros, la etapa de aquellos que abrieron caminos inexplorados antes, y que hoy ha terminado ya, probablemente para no volver nunca jamás. Manuel Tuñón de Lara tiene un puesto de excepción en la misma, y su última empresa historiográfica, *Historia Contemporánea*, lo corrobora suficientemente.

⁶ *Ibidem*, p. 156.